

## PARENTESCO LINGÜÍSTICO

### CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE UN CONCEPTO

Amado Alonso tuvo siempre el afán de ver las cosas con la mayor claridad posible. Unos veinte años después de publicados sus artículos sobre “La subagrupación románica del catalán”, volvió en 1945 sobre el tema, no para seguir polemizando con Meyer-Lübke o con Griera, sino para plantear el problema sobre un deslinde y una aclaración de conceptos<sup>1</sup>. La discusión de si el catalán es iberorrománico o galorrománico le lleva a una pregunta preliminar: ¿qué es *iberorrománico* y *galorrománico*? Y de esta pregunta surge un panorama crítico de los criterios empleados para la partición de las lenguas románicas de Occidente, notable no sólo porque afianza en su conjunto los resultados que otros romanistas han conseguido y que no hemos de discutir aquí, sino también por la perspicacia y claridad metódica y por las nuevas perspectivas y sugerencias que Alonso introduce en este problema, tan viejo como la filología románica.

Alonso hace ver de manera clarísima cómo todos los criterios empleados por los romanistas para proceder a la partición de las lenguas románicas (sustrato, romanización, adstrato, etc.) son criterios relativos, circunscritos a un momento histórico determinado, y por lo tanto arbitrarios e ilegítimos, y afirma que la única manera legítima de estudiar en su totalidad una lengua (el catalán en este caso) consiste en tomar en cuenta su historia entera, desde la romanización hasta nuestros días. Aquí, la posición de Alonso se acerca a la de un sinnúmero de romanistas que han tardado medio siglo o más en comprender que el problema de clasificación es insoluble si se le plantea naturalísticamente, y que debe transformarse en un problema de índole histórica. Schuchardt escribió sus *Verwandtschaftsverhältnisse* en 1870; pero las razones deducidas *per parole generali* —como dice Maquiavelo— no agradaban a los lingüistas de entonces, como tampoco a todos los de hoy; han preferido llegar a esa verdad elemental mediante un ensanchamiento necesario y paulatino de sus propios horizontes. Lejos de estar atrasada, la posición

<sup>1</sup> “Partición de las lenguas románicas de Occidente”, incluido en sus *Estudios lingüísticos*, Madrid, 1951, págs. 101-127.

de Alonso se distingue de la de otros filólogos por la manera tan nítida como enfoca históricamente el problema.

De acuerdo con los resultados de la geografía lingüística, Alonso concibe la Romania —y en particular la Romania de Occidente— como una serie indefinida de diferencias y concordancias dentro de la cual hay que buscar las fronteras que reúnan un número excepcional de elementos diferenciales, y encontrar una “capaz de tener valor agrupador”, esto es, de definir “lingüísticamente” una lengua. Claro que aquí no está solo Alonso, como tampoco lo está cuando pasa a determinar las características de cada unidad lingüística según una escala de valores variables, desde un prominente arcaísmo hasta una prominente tendencia innovadora. Es evidente la conformidad con puntos de vista defendidos por Bartoli. Pero, en Alonso, lo variado de su terminología y sus tanteos mismos nos hacen sospechar que hay algo más: nos habla de los “extraños caracteres específicos del francés”, alude a la “peculiar personalidad del italiano”, se refiere a una fisiognómica del castellano, agrega a los demás criterios de clasificación un criterio fisiognómico; al leer esto, comprendemos que su esfuerzo crítico estaba elaborando algún concepto tentador; y en efecto, la individualidad lingüística es un tema que se presenta en múltiples formas en los debates más recientes sobre la clasificación lingüística.

En la Romania no hay lugar para un problema de parentesco propiamente dicho. Huelga decir, sin embargo, que los problemas del catalán, del sardo, del francoprovenzal o del retorromano son paralelos a los del paleovéneto, del tocario, del hitita, del vascuence, que han llevado a la crítica del método comparativo a una revisión del concepto mismo de parentesco. La Romania sigue siendo el caso típico, la piedra de toque de esta clase de discusiones: poniendo en tela de juicio nuestro concepto, un lingüista italiano ha llegado a plantear —siquiera sea en forma paradójica— la cuestión de si no sería posible agrupar al francés dentro de la familia germánica o céltica en el caso hipotético de que el latín y las demás lenguas románicas fuesen desconocidas para los filólogos<sup>2</sup>.

Así, pues, surgen de las páginas de Alonso múltiples sugerencias. Fijarnos en ellas podrá ser provechoso; nos dará, por lo menos, la ilusión de prolongar nuestra charla con él.

El panorama de una unidad románica viva y atravesada por una serie indefinida de variaciones idiomáticas se debe no sólo a la documentación más reciente, sino también al realismo histórico, del cual pudo aprovecharse la comparación románica desde un principio. A nadie se le ocurriría hoy recomponer la imagen de un *Urro-*

<sup>2</sup> V. PISANI, “Parenté linguistique” (citado en la nota 3), pág. 10.

*manisch*, ni tampoco se les ocurrió a Diez y a Meyer-Lübke, que restauraron los elementos de esa unidad sujetando a los esquemas metódicos de la indogermanística los materiales que tenían en sus manos. Aquí, la falta de conocimientos históricos directos no traía como consecuencia la necesidad de una reconstrucción quizá más realista; la lingüística indogermánica no se dió cuenta del desacuerdo entre la realidad y su esquema metódico sino cuando trató de determinar la sustancia efectiva de lo reconstruído por ella. El camino ha sido largo y sinuoso, aun prescindiendo de los primeros períodos de la lingüística. Hubo momentos de reacción —la proclamación de leyes fonéticas absolutas— y de revolución —la teoría de las oleadas, etc.—; la dialectología indoeuropea echó abajo primero el concepto de las unidades secundarias y sus bifurcaciones, y luego, tras un planteo preponderantemente geográfico del problema, consiguió vislumbrar —de la manera que todos sabemos— una imagen de la lengua originaria, una imagen de bulto, si se me permite la expresión, elaborada con la debida perspectiva cronológica y a base de variaciones geográficas. Ahora bien, es muy interesante ver cómo, después de obtenidos tales resultados, sólo en estos últimos años se ha sentido la necesidad de adaptar a ellos el método, retirando el andamiaje de distinciones con que desde sus principios se había precavido la comparación, o, por lo menos, dando a esas distinciones un valor puramente relativo.

Un análisis del concepto de “lengua originaria” en el sentido que acabamos de mencionar ha hecho recientemente que Pisani y otros filólogos se pongan tras la huella de Schuchardt y nieguen el valor absoluto de la distinción entre préstamo y palabra patrimonial: lo que en una etapa lingüística queda adquirido por adstrato, en una etapa posterior se vuelve patrimonial. Por consiguiente, ni en el más remoto cuadro comparativo a que podamos llegar para cada familia de lenguas hay lugar para una distinción entre lo prestado y lo patrimonial, distinción puramente cronológica, sin valor lingüístico. En el nivel actual de la comparación, el concepto de lengua originaria queda incluido en el de área de afinidad<sup>3</sup>. Al lado del método clásico de reconstrucción de una etapa prehistórica de lengua, se ha levantado el método de reconstrucción a base del sustrato. El método tradicional tardó bastante en aceptar este último, pues lo consideraba poco más que una herencia pasiva del método empírico. Ahora bien, en lo que se refiere al sustrato, la distinción entre lo

<sup>3</sup> Véanse, por ejemplo, V. PISANI, “Parenté linguistique”, en *Lingua*, III, 1952, págs. 1-16, y “La question de l’indo-hittite et le concept de parenté linguistique”, en *Archiv Orientalni*, XVII, págs. 251-264; F. ALTHEIM, *Geschichte der lateinischen Sprache*, Frankfurt a. M., 1951, págs. 1-15; E. SAPIR, *Selected writings*, Berkeley, 1951, págs. 425, 444-445 y 455-458.

prestado y lo patrimonial no se presenta sino de manera sumamente relativa<sup>4</sup>.

Hay algo más. Sabemos que no son sólo los problemas de partición, sino ante todo los problemas de sustrato y superestrato, los que han llevado a los comparatistas a negar validez al principio absoluto del origen hereditario de una lengua, y a erigir, en su lugar, el concepto de los orígenes múltiples. El caso del francés (latín sembrado en terreno galo, al que se ha sobrepuesto, por decir así, una capa de arena franca) y el caso del castellano (al que Alonso reconoce estrecha relación con una *mens iberica*) son clarísimos a este propósito<sup>5</sup>. La Rumania se presenta hoy como un área determinada por un foco central y gran número de focos secundarios; y cada una de las partes de esa área está contemporáneamente bajo la irradiación de focos que quedan fuera de sus límites: focos de adstrato, de superestrato o de sustrato. Pues bien, si, por hipótesis, se hubiera perdido hasta la huella directa del latín, del griego y en general de las lenguas del mundo antiguo, quizá hubiera sido posible para los romanistas encontrar más o menos esta solución, si bien planteando el problema de manera opuesta. El conjunto de las lenguas de Europa se presentaría a su investigación bajo la forma de una gran área de afinidad. La parte sudoccidental de esta área les llamaría la atención por sus condiciones características: al lado de múltiples particularidades comunes con otras partes, se les mostrarían algunas que son propias exclusivamente de ella, y que se explicarían por la hipótesis de la difusión a partir de un centro único (que sería Roma), etc. De la misma manera, quizá sería posible hablar de una agrupación germánica, eslava, griega, al lado de la románica. El caso del rumano sería, para esos desdichados romanistas, más o menos lo que es el hitita para nosotros. Pero ¿a qué seguir fantaseando? Si no me engaño, basta lo dicho para encontrar solución al problema del parentesco, que parecía haber llegado a un callejón sin salida. Cabe considerarlo, en efecto, como un caso particular de las relaciones que pueden mediar entre lenguas comprendidas dentro de un área de afinidad<sup>6</sup>.

Claro que, planteado en esta forma, el problema pierde muchos de sus anteriores matices, y ante todo el carácter exclusivo que tenía desde los comienzos del método, cuando todo lo histórico no era

<sup>4</sup> Cf. B. TERRACINI, "L'héritage indo-européen et les substrats méditerranéens", en *Actes du premier congrès de la Fédération Internationale des Associations d'Études Classiques*, Paris, 1951, págs. 31-41, especialmente la pág. 36.

<sup>5</sup> Cf. ALONSO, *op. cit.*, págs. 116-125.

<sup>6</sup> Sobre el concepto de afinidad, véase la bibliografía que indico en mi libro *Conflictos de lenguas y de cultura*, Buenos Aires, 1951; cf. también V. PISANI, "La question de l'indo-hittite...", art. cit., pág. 260, y SAPIR, *op. cit.*, págs. 258-260.

sino un velo que había que descorrer para llegar a la forma originaria. Esta transformación no es sino un aspecto del desplazamiento de principios y de finalidades que caracteriza todo el desarrollo de la lingüística comparada en cuanto tiende a transformarse en lingüística histórica. El problema etimológico, que, con todas sus crisis y transformaciones, ha sido siempre el crisol mismo de la elaboración metódica de la lingüística, ha evolucionado desde hace mucho en esta dirección. El problema del parentesco parece ser el último en adoptarla. La etnografía prehistórica, hermana de la lingüística, tiende a transformar sus problemas de manera absolutamente paralela: el problema de los orígenes etruscos ha venido a ser hoy el problema de la formación y estructuración de la cultura etrusca y del pueblo etrusco<sup>7</sup>.

Lo mismo que el parentesco, y más claramente que él, el sustrato puede considerarse como un caso particular dentro de un conjunto de lenguas afines, bajo condiciones que aquí no hemos de señalar. Damos por admitida la posibilidad de plantear una geografía del sustrato que sea más o menos el reverso de la geografía lingüística ordinaria; esto es, que mire a los centros de conservación más bien que a los focos innovadores.

Efectivamente, tanto el concepto de parentesco como el de sustrato son opuestos al concepto de adstrato. Las consideraciones sugeridas por un área de afinidad (es decir, por problemas de adstrato) son todas ellas "actuales" en cuanto se refieren al medio ambiente y a la época que han producido los elementos lingüísticos sometidos a nuestra observación, ya sea determinación de influjos culturales, ya de cruces y choques de elementos idiomáticos de origen opuesto; para decirlo en otra forma, todas esas consideraciones se refieren al juego de la mezcla lingüística, suponen contactos de hombres y de civilizaciones —prestigio e imitación—, separan cada uno de los elementos idiomáticos según como han podido presentarse al sentido lingüístico de los hablantes, analizan, en una palabra, el proceso del cambio lingüístico realizado por el contacto de individuos sumergidos en una misma oleada de vida cultural. Esta unidad cultural, o confluencia de culturas, es el punto básico de la investigación; la distinción de las entidades lingüísticas que participan en esa oleada de cultura, y hasta el concepto de lengua y de sistema lingüístico, son elementos de que la investigación hace caso omiso o que, por lo menos, considera secundarios.

El enfoque del problema del parentesco, así como el del sustrato, ya no es lo actual. Aunque el método reconstructivo se reduce hoy a la búsqueda más realista de una cronología relativa de los elementos

<sup>7</sup> Cf. M. PALLOTTINO, *L'origine degli Etruschi*, Roma, 1949, pág. 161.

idiomáticos comparados, el problema del parentesco sigue suponiendo la reconstitución de algo que es anterior a cada uno de esos elementos, esto es, queda fuera de lo actual, en un ambiente absoluta o relativamente prehistórico. De esta particularidad resulta que el problema del parentesco se distingue de las cuestiones de afinidad desde otro punto de vista: ya no considera todo lo que Meillet ha llamado "proceso del cambio lingüístico", sino que estudia, en su conjunto, el producto de ese cambio, ordenado dentro de un particular sistema de lengua distinto del anterior y del posterior, distinto también de los contemporáneos. El enfoque del adstrato pone en primer plano a los hablantes, con su posición cultural; el del parentesco pone de relieve distintas etapas de lengua<sup>8</sup>.

El cambio de enfoque es evidente, pero no pudo interpretarse nunca de manera absoluta, ya que ni siquiera la más abstracta interpretación del método comparativo ha podido pasar por alto —cuando menos teóricamente— el hecho de que las lenguas son un producto de naturaleza histórica. Por esta razón, el método tradicional pudo aceptar y reconocer como suyos algunos de los conceptos de la geografía lingüística, aunque, para hacerlo, tuvo que desconocer mucho de lo nuevo que ellos traían. Tal ha sido, por ejemplo, el concepto de área lingüística, considerado por Meyer-Lübke o por Meillet<sup>9</sup> desde un punto de vista estático, como la faz geográfica del concepto mismo de lengua. Es evidente que lengua y área lingüística sólo resultan sinónimos cuando las interpretamos en sentido dinámico, reconociendo en un área lingüística el producto de un largo proceso de difusión idiomática y cultural; así y todo, el área lingüística pudo ser considerada por todos los lingüistas como la más genérica huella fósil que el período prehistórico de una lengua ha dejado para que la aproveche la perspicacia de los investigadores.

En efecto, la crítica más reciente que se ha hecho al problema del parentesco —ya busque el reconocimiento de una agrupación lingüística, ya intente comprobar que una lengua dada perteneció durante un período de su desarrollo a una agrupación determinada— hace hincapié en la consideración de la contigüidad lingüística. No es éste únicamente un medio de precaverse contra el espejismo de semejanzas casuales<sup>10</sup>: es más bien el principio de que esa contigüidad constituye, para el investigador, la condición previa para

<sup>8</sup> Por esta razón, al negar el concepto de parentesco en el sentido tradicional, PISANI ("Parenté linguistique", art. cit., pág. 16) desconoce también el concepto de lengua desde el punto de vista comparativo.

<sup>9</sup> Sobre este y otros conceptos aquí expresados me permito remitir a mi *Guida allo studio della linguistica storica*, Roma, 1949, cap. v, "I limiti del metodo comparativo: Meyer-Lübke e Meillet".

<sup>10</sup> Es el punto de vista defendido, entre otros autores, por COLLINDER (citado por PISANI, "Parenté linguistique", pág. 4). Sobre el concepto de casualidad, vecino en este caso del de "afinidad elemental" (*elementarverwandt* en el sen-

que el problema del parentesco pueda plantearse. Muy aleccionadores me parecen el caso del etrusco y el del vascuence: su prehistoria empezó a aclararse cuando la lingüística logró quitarles su carácter de lenguas aisladas. Estamos de nuevo en el punto en que el problema del parentesco se presenta como un caso concreto de afinidad. Pero no siempre es posible sacar a una lengua de su condición de lengua genéricamente aislada. ¿Tendremos, en ese caso, un límite teórico a las posibilidades de la comparación? Aunque debemos ser optimistas y esperar que, en un futuro próximo, nuestros conocimientos sean menos fragmentarios, no puede desconocerse la posibilidad de ese límite teórico. No podemos descartar el supuesto de que una lengua haya quedado tan alejada de su foco más antiguo, que las huellas originarias resulten borradas bajo capas posteriores. En el terreno histórico es corriente admitir la desaparición de una lengua; lo mismo hay que admitir en la prehistoria, que no es sino historia fósil. No será ocioso puntualizar aquí, una vez más, que tanto el parentesco como la clasificación de lenguas, aunque son conceptos formulados bajo el influjo de una tendencia naturalista en cosas del lenguaje, arraigan en lo histórico; que, por consiguiente, no tienen validez necesaria, y topan con un límite temporal que les quita su sentido<sup>11</sup>.

Cuando Meillet afirmaba que la posición relativa de las variedades indoeuropeas dentro del área originaria tenía que ser la misma que cada una de ellas presenta en períodos históricos, sin posibilidad de desplazamientos de un punto a otro del área<sup>12</sup>, nos estaba indicando, si bien lo pensamos, el camino para llegar a esta conclusión. Y a una conclusión paralela llegaremos si consideramos otra de sus observaciones, a propósito del concepto de parentesco indoeuropeo. Meillet reconoció que la agrupación lingüística que llamamos indoeuropea tenía un sistema fuertemente trazado y estable, capaz al mismo tiempo de asimilar gran cantidad de elementos extraños, y habló de indoeuropeos aristócratas y asimiladores, así como habló de semitas reacios a la asimilación lingüística<sup>13</sup>. Puede que aquí haya proyectado Meillet, en la prehistoria más remota, caracteres que la historia reconoce en casi todas las familias del tronco indoeuro-

tido de Schuchardt, en cuanto opuesto a *geschichtlichverwandt*), véanse las consideraciones de PISANI, *ibid.*, pág. 7.

<sup>11</sup> Véase G. DEVOTO, "Il problema indoeuropeo come problema storico", en *Rom*, V, 1941, núm. 6, pág. 4.

<sup>12</sup> Cf. *Les dialectes indo-européens*, Paris, 1922, pág. 134.

<sup>13</sup> *Linguistique historique et linguistique générale*, pág. 105 en la ed. de 1921. Aunque en los dos artículos (1914 y 1921) allí reunidos defiende Meillet el concepto tradicional de parentesco, su profundo sentido de la sustancia histórica de la lingüística le hace señalar más claramente que otros lingüistas los términos y límites del problema, y adelantarse al mismo tiempo a la posición de generaciones posteriores.

peo; sin embargo, hoy es corriente hablar de esos indoeuropeos aristócratas y asimiladores, o sea, que se suele vincular estrechamente el concepto de agrupación indoeuropea con la formación social y las características espirituales de las comunidades de hablantes que, desde el principio, han participado en ella. Más aún, es muy posible que el conjunto particularmente favorable de condiciones de esta clase explique el hecho de que la agrupación indoeuropea (y con ella algunas más) resulte tan evidente: se diría que los lingüistas encuentran parentescos tal como Schuchardt lo decía de las buenas etimologías: que se encuentran, pero no se buscan. Y esto nos lleva a pensar en la posibilidad del caso opuesto al nuestro, es decir, la existencia de pueblos de cohesión social y de tradición tan poco firmes, que la estructura de sus lenguas no reúna el mínimo de condiciones históricamente necesarias para que el problema del parentesco tenga allí algún sentido, diferenciándose del problema de afinidad<sup>14</sup>. Este límite que la peculiaridad de lo histórico impone al problema es más claro aún en el caso del sustrato, vinculado como está a formas peculiares de civilización y de penetración recíproca de distintas capas culturales; sin un mínimo de estas condiciones favorables, la hipótesis del sustrato queda reducida a un espejismo abstracto y lleno de embustes<sup>15</sup>.

Pero ya es tiempo de volver al concepto de lengua y de sistema lingüístico en que arraiga la comparación cuando sale de los problemas de sustrato. No es casualidad que el problema de la agrupación románica haya llevado a Amado Alonso a pensar en una fisiognómica de las lenguas; lo mismo habría podido hablar de tipología. Una vez más, nuestro problema encaja en una tendencia que se va abriendo paso en la lingüística general de nuestros días. Por una parte, la tipología lingüística armoniza con ese hondo interés por lo estructural del lenguaje que se manifiesta como reacción contra la posición estrictamente histórica; en esto, como es sabido, la lingüística marcha de acuerdo con otras ciencias de la cultura<sup>16</sup>. Por otra parte, la tipología procede directamente de la dialéctica del método comparativo, no sólo como mera exigencia de una descripción sincrónica, sino también porque esta exigencia expresa la finalidad última de la investigación diacrónica, cuyo enfoque terminal es un estadio de lengua. Por lo tanto, tipología, estructura, sistema, etc. son conceptos en que hace hincapié la comparación para reaccionar contra la tendencia forzosamente analítica de la investigación diacrónica. Así hablamos hoy de fonología y de lingüística estructural

<sup>14</sup> Véase *Conflictos de lenguas y de cultura*, *op. cit.*, págs. 175 y 194.

<sup>15</sup> Véase *Conflictos*, pág. 179; y cf. ALONSO, *Estudios*, págs. 324-325.

<sup>16</sup> Véase por ejemplo V. BRÖNDAL en *ALin*, I, págs. 1 y sigs.

evolutiva, y hay quien declare, por ejemplo<sup>17</sup>, que sólo se puede llamar historia lingüística la que se sale de lo particular para considerar la evolución general de la lengua en cuanto institución tradicional. No es éste el lugar para discutir esa y otras formulaciones de semejante exigencia; todos convenimos en reconocer de una u otra manera su realidad sustancial y su carácter ineludible. Lo único que ahora nos importa son estas preguntas: ¿Cómo puede nuestro problema aprovecharse de una consideración sintética de la lengua? ¿Es posible hablar de una tipología prehistórica?

Los conatos de la lingüística en esta dirección son tantos, y de tal empeño, que a pesar de las dificultades técnicas del problema pueden darnos ya por lo menos algunas sugerencias. Es evidente que la reconstrucción de un estadio prehistórico de lengua, no obstante sus procedimientos analíticos, apunta a la visión sintética de un sistema dentro del cual se ajusten todos los elementos analíticamente determinados; mientras más se esfuerzan los indoeuropeístas por captar las formas remotas del indoeuropeo, tanto más sintética se hace su visión; aquí un Bartoli está de acuerdo con un Benveniste<sup>18</sup>. La forma más reciente que ha tomado el problema del parentesco entre la agrupación indoeuropea y la semítica, es la reconstitución de un tipo morfológico —y, podemos decir, lingüístico— pregramatical, esto es, cuya estructura queda más allá del tipo indoeuropeo y del tipo semítico. Más evidente aún es esa intención en las cuestiones de sustrato mediterráneo: aquí, el investigador encuentra un buen apoyo para sus conclusiones cuando puede demostrar que el elemento que por razones culturales atribuye él al sustrato, armoniza en efecto fonológica y morfológicamente con los demás, y todos ellos en conjunto hacen que hoy sea corriente hablar de un sistema mediterráneo<sup>19</sup>. De manera análoga, la serie de particularidades idiomáticas que dentro de un área de lenguas afines permite distinguir las lenguas nacidas de la difusión de un foco común en las condiciones que hemos indicado, se diferencia de

<sup>17</sup> Cf. G. DEVOTO, *I fondamenti della storia linguistica*, Firenze, 1951, págs. 67-86.

<sup>18</sup> Véanse los párrafos iniciales y finales de M. BARTOLI, "Monosillabi e bisillabi di età preetnica", en sus *Saggi di linguistica spaziale*, Torino, 1945, págs. 243-275 (comentado en *Belf*, III, 1948, pág. 324), y compárese la conclusión de E. BENVENISTE, *Noms d'agent et noms d'action en indo-européen*, Paris, 1948, pág. 112. — Sobre el parentesco indoeuropeo-semítico véase, por ejemplo, la crítica que hace PISANI, *REA*, XXXVI, 1934, págs. 1-8, de la conocida teoría de CUNY; cf. también L. HEILMANN, *Camito-semitico e indoeuropeo*, Bologna, 1951, págs. 75 y sigs.

<sup>19</sup> Véase mi citado artículo "L'héritage indo-européen...", pág. 38, y cf. L. HEILMANN, "Alternanza consonantica mediterranea e *Lautverschiebung* etrusca", en *AGIt*, XXXVII, 1952, págs. 47-68, y A. MARTINET, "Celtic lenition and Western Roman consonants", en *Lan*, XXVIII, 1952, págs. 192-217.

otras series de particularidades salidas de otros focos, no sólo por su cantidad o calidad, sino también porque se deja ordenar fácilmente, como conjunto de fragmentos de un sistema. Y, más aún, este sistema se toma necesariamente como criterio uniforme para caracterizar cada una de las lenguas de una agrupación, en cuanto su sistema se ha alejado más o menos de su forma primitiva. La exposición de este criterio se puede encontrar en comparatistas de tendencias muy distintas, quizá hasta opuestas. (Sería interesante, aunque no necesario, buscar la razón teórica de esta convergencia de métodos). “El grado de romanización inicial y el grado de fidelidad posterior a la tradición latina me parece un doble criterio de agrupación de las lenguas perfectamente legítimo”, escribe Alonso; de la misma manera, Bartoli comienza por descomponer todo el conjunto léxico y gramatical de la Romania o del área indoeuropea en una serie indefinida de parejas de alternancia entre forma innovada y forma conservada, para luego volver a componer la característica de cada lengua conforme a la tendencia preponderante —arcaísmo o innovación— que resulte del conjunto de las soluciones elegidas para cada una de esas parejas. Cabe también aquí el método estadístico —si se admite su validez en problemas de índole histórica<sup>20</sup>—, con el cual se podría buscar una fórmula para medir los procesos evolutivos del conjunto léxico que caracteriza a una lengua.

Pero el concepto de fisiognómica, o de tipología, abarca algo más que la imagen de un simple sistema o de una estructura: comprende todos los valores que se suelen concentrar en el concepto de lengua. Chocamos aquí con los límites que separan lo histórico de lo prehistórico.

La tipología, en cuanto aclara la forma interior de lenguas distintas, deducida sintéticamente de su estructura gramatical —tal como la definió Humboldt—, tiene valor descriptivo y es en última instancia la heredera del método de comparación morfológica. Sin embargo, una descripción tipológica puede interpretarse al mismo tiempo como una fórmula que sintetiza los rasgos característicos adquiridos por una lengua en momentos fundamentales de su historia<sup>21</sup>. Efectivamente, es común hablar, en este sentido, de un tipo español, francés, italiano, latino, etc.; hay filólogos tan atrevidos, que llegan a hablar de una forma interior o por lo menos de hábitos mentales indoeuropeos, o que buscan en las lenguas de Europa la huella de formas interiores prehistóricas, como lo hizo Ernst Levy<sup>22</sup>.

Esta transposición a lo prehistórico se presenta, a primera vista,

<sup>20</sup> Véanse las consideraciones de PISANI, “Parenté linguistique”, pág. 5; y cf. M. SWADESH, “Lexico-statistic dating of prehistoric ethnic contacts”, en los *Proceedings of the American Philosophical Society*, XCVI, 1952, págs. 452-463.

<sup>21</sup> Véase *Conflictos de lenguas y de cultura*, *op. cit.*, pág. 170.

<sup>22</sup> “Der Bau der europäischen Sprachen”, en los *Proceedings of the Royal*

llena de dificultades. Hemos visto que la comparación encuentra en el concepto de área lingüística y en el de capas peculiares de cultura el mínimo indispensable para plantear en forma concreta un problema de parentesco o de sustrato; es ésta la mínima huella fósil de una realidad cultural capaz de justificar la hipótesis de una agrupación prehistórica de lenguas<sup>23</sup>. Quizá logremos encontrar huellas culturales más concretas: por ejemplo, las deducciones de Meillet acerca de la cohesión social y la fuerza de tradición de los indoeuropeos. Todo lo demás se reduce a indicios deducidos de hechos idiomáticos. O sea que lo cultural prehistórico parece insuficiente, y con mucho, para hacer posible una interpretación de lo idiomático ajustada a la cultura particular de una comunidad de hablantes; como el concepto de "forma interior" de una lengua, si bien se ve, estriba justamente en este ajuste, la forma interior transpuesta al terreno prehistórico está en peligro de quedarse sin interioridad.

La dificultad no es exclusiva de la comparación lingüística, sino que se encuentra también en otras formas de investigación prehistórica. ¿Será insalvable? La teoría así lo afirma, pues aquí estamos fuera de los límites de la historia, y la forma interior es un concepto histórico. Sin embargo, no es absurdo pensar que algún día se resolverá la dificultad planteando en otros términos el problema. Por ahora, mejor será que consideremos la manera como esta dificultad suele presentarse a los investigadores. La señaló con notable claridad Leo Spitzer al poner en tela de juicio la construcción prehistórica de Levy, pues advirtió que las características de cualquier lengua europea encuentran explicación más clara y satisfactoria en un período más reciente de su historia. Del mismo modo, si hay en nuestras lenguas rasgos que pueden interpretarse como residuos de mentalidad primitiva, no podemos desconocer que su interpretación ajustada y verdadera se basa únicamente en la forma mental de nuestros días. Una vez más el *elementarverwandt* de Schuchardt se opone a los conatos de la comparación, con tal que interpretemos la afinidad elemental como principio de la creación perpetua que las generaciones humanas realizan sobre la materia y la tradición lingüísticas heredadas de sus antepasados.

BENVENUTO TERRACINI

Università di Torino.

*Irish Academy*, XLVIII, 2, 1942; véase L. SPITZER, "Sobre un nuevo método de tipología lingüística", en *AIL*, II, 1942, págs. 109-127.

<sup>23</sup> En otras palabras, el problema del parentesco tiene que arraigar, necesariamente, en la consideración de un área de afinidad.